



Reflection from Fr. Joey Evangelista, MJ
Fifth Sunday in Ordinary Time

It is easy to “belong” to a Church. It is even easy to “agree” with good ideas. But today’s readings challenge us to move beyond belonging and toward becoming—becoming the very elements that change the “flavor” and “sight” of our society.

Food is transformed by salt. Beyond enhancing flavor, salt was the primary means of preservation before the age of refrigeration. It is essential to the culinary experience; without it, food is bland and uninspiring. With it, a meal does more than merely nourish—it delights.

Similarly, we often take light for granted, yet without it, life as we know it would cease to exist. Solar energy sustains our entire ecosystem. Without light, we would find ourselves in more than just physical darkness; the biological world would collapse.

The life of a disciple of Jesus should be as transformative as salt and light. We are called to transform our world just as salt seasons food and light dispels the shadows. Crucially, this transformation should not draw attention to ourselves or our own accomplishments, but to God.

St. Paul modeled this humility for the Christians in Corinth, writing: “I did not come with sublimity of words or of wisdom... I came to you in weakness and fear and much trembling, and my message and proclamation... were a demonstration of Spirit and power, so that your faith might rest not on human wisdom but on the power of God.” Paul’s ministry was not a monument to his own brilliance, but a testament to the power of the Father.

The Prophet Isaiah provides a clear roadmap for becoming the salt of the earth and the light of the world. He instructs us to share our bread with the hungry, shelter the oppressed, and clothe the naked. He promises that the fruit of such mercy is a spiritual radiance: “If you remove from your midst oppression, false accusation and malicious speech... then light shall rise for you in the darkness and the gloom for you shall become like midday.”

To be salt and light requires active commitment and the guidance of the Holy Spirit. It is not enough to simply belong to the “true” church, to agree with noble ideas, or to claim we are on the “right side of history.” Rather, it means actively proclaiming the Kingdom of God through choices that conform history to the values of the Gospel rather than the interests of the wealthy and powerful.

There is a sharp contrast between the demands of the world and the call of the Kingdom: The world tells us to strip food assistance and healthcare from the poor; the Kingdom calls us to share bread with the hungry and shelter the oppressed. The world wants us to prioritize national security as the ultimate truth while the call of the Kingdom is to clothe the naked and not to turn your back on your own. The world falsely claims that people of color cannot be trusted; God admonishes us to remove oppression, false accusations, and malicious speech.

When we choose the values of the Kingdom of God, we are transformed into the light of Christ within our families, communities, and society. Through these actions, we dispel the darkness of distrust, fear, and oppression, revealing the midday sun of God’s grace.

Reflexión del Padre Joey Evangelista, MJ
Quinto Domingo en Tiempo Ordinario

Es fácil «pertenecer» a una Iglesia. Incluso es fácil «estar de acuerdo» con las buenas ideas. Pero las lecturas de hoy nos desafían a ir más allá de la pertenencia y convertirnos en los elementos que cambian el «sabor» y la «aparición» de nuestra sociedad.

La sal transforma los alimentos. Además de realzar el sabor, la sal era el principal medio de conservación antes de la era de la refrigeración. Es esencial para la experiencia gastronómica; sin ella, la comida es sosa y poco inspiradora. Con ella, una comida hace más que simplemente nutrir: deleita.

Del mismo modo, a menudo damos por sentada la luz, pero sin ella, la vida tal y como la conocemos dejaría de existir. La energía solar sustenta todo nuestro ecosistema. Sin luz, nos encontraríamos en algo más que una simple oscuridad física; el mundo biológico se derrumbaría.

La vida de un discípulo de Jesús debe ser tan transformadora como la sal y la luz. Estamos llamados a transformar nuestro mundo, al igual que la sal sazona los alimentos y la luz disipa las sombras. Es fundamental que esta transformación no atraiga la atención hacia nosotros mismos o nuestros propios logros, sino hacia Dios.

San Pablo modeló esta humildad para los cristianos de Corinto, escribiendo: «No busqué hacerlo mediante la elocuencia del lenguaje o la sabiduría humana... Me presenté ante ustedes débil y temblando de miedo. Cuando les hablé y les prediqué el Evangelio... los convencí por medio del Espíritu y del poder de Dios, a fin de que la fe de ustedes dependiera del poder de Dios y no de la sabiduría de los hombres». El ministerio de Pablo no fue un monumento a su propia brillantez, sino un testimonio del poder del Padre.

El profeta Isaías nos ofrece una hoja de ruta clara para convertirnos en la sal de la tierra y la luz del mundo. Nos instruye a compartir nuestro pan con los hambrientos, dar albergue al pobre sin techo y vestir a los desnudos. Nos promete que el fruto de tal misericordia es un resplandor espiritual: «Cuando renuncies a oprimir a los demás y destierres de ti el gesto amenazador y la palabra ofensiva... brillará tu luz en las tinieblas y tu oscuridad será como el mediodía».

Ser sal y luz requiere un compromiso activo y la guía del Espíritu Santo. No basta con pertenecer a la iglesia «verdadera», estar de acuerdo con ideas nobles o afirmar que estamos en el «lado correcto de la historia». Más bien, significa proclamar activamente el Reino de Dios a través de decisiones que conforman la historia a los valores del Evangelio, en lugar de a los intereses de los ricos y poderosos.

Hay un marcado contraste entre las exigencias del mundo y el llamado del Reino: el mundo nos dice que quitemos la asistencia alimentaria y la atención médica a los pobres; el Reino nos llama a compartir el pan con los hambrientos y a dar cobijo a los oprimidos. El mundo quiere que demos prioridad a la seguridad nacional como verdad última, mientras que el llamado del Reino es vestir al desnudo y no dar la espalda a los nuestros. El mundo afirma falsamente que no se puede confiar en las personas de color; Dios nos exhorta a eliminar la opresión, las acusaciones falsas y las palabras maliciosas.

Cuando elegimos los valores del Reino de Dios, nos transformamos en la luz de Cristo dentro de nuestras familias, comunidades y sociedad. A través de estas acciones, disipamos la oscuridad de la desconfianza, el miedo y la opresión, revelando el sol del mediodía de la gracia de Dios.